

NARRACIONES PORTEÑAS

ME OCURRIÓ EN CHARCO AZUL

Por Gregorio Pinto

Fecha de Publicación
Marzo 2024



ME OCURRIÓ EN CHARCO AZUL

Por Gregorio Pinto M.
Pescador porteño

Nacido y crecido en el recordado barrio de Silver City, hoy Barriada El Carmen, a pocos metros de la playa, con un padre aficionado a la pesca y muchos amigos con la misma afición, no podía yo crecer con otro "vicio" que no fuera el amor a la pesca y la naturaleza. Siendo así, aprendí, cómo señala mi madre, "a nadar primero que caminar y a pescar antes que agarrar la cuchara".

De lunes a viernes soñaba con el fin de semana porque después de cumplir con mis deberes escolares, disponía de dos días para estar en el mar o buscando camarones en las cristalinas aguas de los ríos Guanábano, Guanabanito, Corotú o Mérida.

Era la década de mediados de los sesenta, abundaban en el pueblo los cuentos de fantasmas, "abusiones", la tulivieja y muertos aparecidos. Tal vez leyendas.....quizás verdades.

En ese marco de cosas, conocí de propia voz del afectado un hecho del que fué protagonista. Contaba el señor Acosta, mejor conocido como Mano Pancho, persona de edad, trabajador del muelle (Depto. de Exportación de la C.L.C.) y gran aficionado a la pesca, que en una ocasión se fue a pescar solo por no encontrar un compañero para esa ocasión. Según su narrativa, se encontraba pescando, tarde en la noche, en el área de Charco Azul, cuando de pronto una luz grande y celeste se posó encima de su bote. Fué tanto su miedo que no sacó el ancla, si no que cortó la manila y puso rumbo al muelle, a dónde llegó sin habla y fue auxiliado por los pescadores asiduos que allí siempre habían.

Esta narración se hizo muy popular entre los pescadores, entre los cuales intercambiaban comentarios de burla o de credibilidad.

Pasados algunos años de ese episodio, me encontraba pescando en el mismo sitio, el misterioso Charco Azul, en compañía de mi hermano y dos grandes amigos, los cuatro en edades entre catorce y diecisiete años.

Charco Azul, antes que allí se construyera la base naval de la Policía Nacional, era un lugar mítico por el que pocas personas se atrevían a cruzar solos en horas de la noche. Sobre el lugar se tejían toda clase de cuentos fantasmales, desde el hombre que se internaba en las profundas aguas, arrastrando una gruesa cadena, hasta la niña que lloraba desconsoladamente sentada en una piedra a la orilla del profundo charco. ¿Leyenda o historia?

Lo cierto es que en aquella ocasión que describo, siendo aproximadamente la una de la madrugada, la noche tan oscura como la profundidad de una caverna, el cielo iluminado de millones de estrellas, con una brisa fría que bajaba del Volcán Barú, nos encontrábamos los cuatro, entretenidos en nuestra labor de pesca, acompañada de nuestra conversación sobre temas intrascendentes.

De pronto, observo a lo lejos, sobre la montaña, una pequeña luz que bajaba hacia la playa. Sin darle mayor importancia a mis palabras, comenté a los compañeros,
---Viene bajando una luz desde la montaña.

Por efecto de la corriente marina, el bote quedaba con la proa hacia la playa y mis amigos de espalda a ella, por lo tanto no podían ver lo que yo, que si estaba de frente a la costa.

---¡No digas eso hermano!, no es hora para esas bromas---, me respondió uno de ellos.

Todos permanecimos callados y aprovechando el buen "pique" que había en ese momento. No obstante, yo permanecía pendiente a la luz, pero sin ninguna malicia. Me imaginaba que sería alguna persona que bajaba a la playa para encaminarse al pueblo.

A los pocos minutos la luz llegó hasta la playa y se detuvo justo frente a nosotros, quienes estábamos a un kilómetro de la orilla.

Después de algunos minutos en la misma posición, ¡La luz empezó a avanzar hacia el bote! En ese momento empecé a sentir un escalofrío por el cuerpo y dije a mis compañeros,

---La luz está frente a nosotros y viene hacia acá---

---Hermano, no vuelva a repetir eso, con esas cosas no se juegan---, ripostó el mismo amigo, sin embargo ninguno se volvía para comprobarlo.

Conforme la luz se acercaba se hacía más grande y brillante, de un tono celeste hermoso. Podría encontrarse a una distancia de trescientos metros cuando les grité, ---¡Saquen el fondo (ancla) que nos vamos!

Cuando el ancla estaba fuera, ya la luz la teníamos a escasos diez metros y el bote estaba iluminado por una luz celeste, casi cegadora. Podría decir que, como pasa en las películas, en ese momento el motor fuera de borda no arrancó, pero no fué así. Al primer cordonazo la máquina arrancó y sus quince caballos parecieron convertirse en cien.

Nos alejamos mar afuera y pusimos proa hacia la población de Limones, camino hacia la frontera con Costa Rica. La luz permaneció estática en el mismo lugar donde minutos antes estábamos. De pronto empezó a moverse hasta llegar a la costa y se fué a la par nuestra, hasta llegar a la población de Mellizas. Allí se detuvo, subió hacia la montaña y viajó de regreso a su lugar de origen.

Nosotros amanecimos en el puerto de Limones, tratando de explicarnos lo que nos había pasado y pudimos comprender el terror de Mano Pancho, tiempo atrás.

¿Fenómeno paranormal, alucinación colectiva?

Cada quien puede valorar según sus experiencias o creencias, lo cierto es que muchos años después escuché una anécdota igual, de otro compañero pescador. Por gracia de Dios, todos los involucrados seguimos vivos como testigos y Charco Azul sigue siendo fuente de muchos casos inexplicables.